

Alégrense en el Señor

**Por el Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark**

Adelante, Unidos en la Fe

Hace más de 40 años, respondí al llamado de Dios de convertirme en misionero. Cuando en 1976 profesé mis votos perpetuos como miembro de la Congregación de la Sociedad del Santísimo Redentor (Redentoristas), no tenía idea de adónde me llevaría el camino a seguir. Desde entonces, serví en parroquias aquí en los Estados Unidos desde 1979 hasta 1991, y después viajé a más de 70 países como representante de mi orden religiosa. También trabajé en el Vaticano desde el 2010 hasta el 2012, donde tuve el privilegio de servir a los numerosos hombres y mujeres consagrados tan fielmente al servicio de nuestra Iglesia por todo el mundo. Finalmente, he servido como arzobispo de dos arquidiócesis que están muy cerca de mi corazón: la Arquidiócesis de Indianápolis, Indiana, y la Arquidiócesis de Newark, New Jersey.

Lo que tienen en común todas estas experiencias de las pasadas cuatro décadas se puede resumir con el término del Papa Francisco “discipulado misionero.” En muchos lugares y circunstancias diferentes he sido llamado a seguir a Jesús y a convertirme en su discípulo en comunión con muchos otros. También he sido llamado a participar en actividades misioneras: proclamando la Buena Nueva, curando a los enfermos, reconfortando a los afligidos, atendiendo a los pobres y vulnerables, y hablando la verdad con amor aun cuando fuese perturbadora y desagradable.

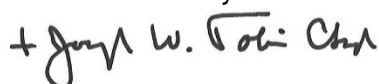
Mis visitas a parroquias, escuelas y otras organizaciones católicas a través de nuestra Arquidiócesis durante los pasados tres años, y mis reuniones con individuos, familias y grupos, me han mostrado lo bendecidos que somos como iglesia local. También me han revelado el profundo daño causado por los escándalos de abuso sexual y la falla de nuestros líderes en responder apropiadamente. El daño es real y las heridas son profundas, pero también hay una gran resiliencia entre las personas de nuestra Arquidiócesis. Más de una víctima de abuso sexual me ha dicho: “Todavía soy Católico porque mi lealtad es a la Iglesia y no a ningún individuo”.

Creo que nuestra respuesta a estos horribles escándalos, especialmente las acciones criminales y gravemente pecaminosas de aquellos que han abusado a los niños o han ocultado estos crímenes, debe ser mantener a las víctimas siempre presentes en nuestra conciencia. No debemos perder nunca de vista su sufrimiento ni olvidar cómo les fallamos. Mucho se ha hecho en nuestra Arquidiócesis en las dos últimas décadas para garantizar la seguridad y la protección de nuestros niños. Pero mucho más se tiene que hacer, incluyendo la implementación de estructuras confiables para que los obispos sean responsables de nuestro cuidado pastoral de los niños, la juventud, los jóvenes adultos, los adultos y los ancianos miembros de nuestra comunidad.

A través de nuestra nueva y completa iniciativa, **Adelante, Unidos en la Fe: Nuestro Camino a Seguir**, estamos implementando nuevas estructuras para la planificación y comunicación pastoral cuyo propósito primordial es involucrar a las personas de la Arquidiócesis en la misión y en los ministerios de la Iglesia en el norte de New Jersey. Queremos saber lo que ustedes piensan. Aún más importante, queremos que ustedes jueguen un papel activo para cambiar la manera como llevamos nuestros asuntos al nivel de la arquidiócesis y de la parroquia.

Que la Santísima María Virgen, madre de Jesús y madre nuestra, nos inspire a escuchar atentamente y, como discípulos misioneros, a responder generosamente a las palabras del Señor: “Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia”.

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

Mantenernos jóvenes de corazón mientras envejecemos

Por la Hermana Constance Veit, LSP

Cuando escribo, generalmente trato de llegar a una audiencia tan amplia como me sea posible, pero, cuando empezamos este nuevo año, quisiera dirigirme a aquellos que sienten que están envejeciendo.

“¿No estamos todos envejeciendo?”, podrían preguntarse. Bien, ¡sí y no!

Aunque el Papa Francisco expresa a menudo su consideración y aprecio por los ancianos, él también habla de “estar envejeciendo” como algo que se debe evitar a toda costa. Él se refiere a una cierta clase de envejecimiento:

“envejecer de tristeza, resentimiento o miedo, duda o fracaso”, “estar atrapado en el pasado” y dejar que nuestros horizontes se reduzcan.

En su libro sobre el envejecimiento, *La sabiduría del tiempo*, el Papa se lamenta de las personas mayores que se han vuelto cínicos. “Se vuelven reticentes a compartir sus experiencias”, escribe. “Desprecian a las personas jóvenes. Se están quejando siempre. No pueden compartir su sabiduría. Ellos solo pueden mirar hacia atrás infructuosamente a los tiempos tempranos”.

Al mismo tiempo, el Papa Francisco confirma la admonición bíblica de “jóvenes, sean sumisos a la autoridad de los ancianos” (1 Pe 5, 5-10). “La Biblia nunca cesa de insistir que se muestre profundo respeto por los ancianos, ya que ellos tienen abundante experiencia”, escribe. “En el silencio de sus corazones, ellos tienen un depósito de experiencia que nos puede enseñar a no cometer errores o ser seducidos con promesas falsas”.

“Jesús nos dice que los sabios pueden sacar de sus armarios cosas nuevas y viejas (cf. Mt 13,52)”, continúa Francisco. Aquí está la clave de envejecer sin volverse viejo: permanecer flexible, acumular sabiduría y saber cómo sacar lo que tenemos guardado, tanto lo viejo como lo nuevo.



Pienso que esta sabiduría y flexibilidad son cruciales hoy si tenemos la esperanza de revertir la crisis de vocaciones y la oleada de gente joven que se aleja de la iglesia. La socióloga Hermana Mary Johnson, S.N.D. de N. escribe: “Mantenerse lo suficientemente flexibles para comunicarnos a través de fronteras culturales —bien sea étnica, de clase o generacionales— es un arduo trabajo. Como resultado, la mayoría de las personas no se molesta en hacerlo muy a menudo. Nos inclinamos a escoger nuestros amigos entre los que son como nosotros. Mientras más mayores nos hacemos, entonces, más extraños nos parecen los de veinte años y nosotros a ellos, a menos que hagamos intentos concertados para cerrar la brecha”.

Los veinteañeros nos muestran lo extraños que somos para ellos. Las encuestas recientes indican que el 50 por ciento de los jóvenes que crecieron como católicos ahora se identifican como “ninguno”, significando que ellos no adoptan ninguna religión. Al comenzar este nuevo año, ¡preguntémosnos qué podemos hacer para detener este trágico éxodo!

En *Christus Vivit*, el documento que escribió el Papa Francisco después del Sínodo de la Juventud de 2018, él nos aconseja volver a la fuente de nuestra fe católica. “ Jesús ha resucitado, y él quiere hacernos partícipes de la nueva vida de la resurrección. Él es la verdadera juventud de un mundo envejecido, la juventud de un universo que espera ‘y sufre dolores de parto’ (Romanos 8, 22) para ser vestidos con su luz y vivir su vida. Con él a nuestro lado, podemos beber de la fuente verdadera que mantiene vivos todos nuestros sueños, nuestros proyectos, nuestros grandes ideales, mientras nos impulsa a proclamar lo que hace la vida verdaderamente valedera”.

El Santo Padre dice que cuando él empezó su ministerio como Papa, Dios amplió sus horizontes y le confirió una juventud renovada. “Lo mismo le puede suceder a una pareja casada por muchos años, o a un monje en su monasterio”, escribe. “ Una institución tan antigua como la iglesia puede experimentar renovación y un regreso a la juventud en diferentes puntos de su antigua historia. Si duda, en los momentos más dramáticos de su historia, se siente llamada a regresar con todo su corazón a su primer amor.”

¿Qué es este “primer amor”?

El Papa Francisco nos dice: “mayor amistad, mayor fervor en la oración, mayor ansia de su palabra, mayor anhelo de recibir a Cristo en la Eucaristía, mayor deseo de vivir su Evangelio, mayor fortaleza interna, mayor paz y gozo espiritual”.

Él nos desafía a “dejar ir” a cualquier cosa que nos detenga, y a estar abiertos a recibir nuevos dones de Dios. “Verdadera juventud significa tener un corazón que es capaz de amar”, exclama él.

En este nuevo año, despojémonos de cualquier cosa que nos esté abrumando y limitando nuestros horizontes de manera que podamos alcanzar con el corazón y los brazos abiertos a las nuevas generaciones y darles la bienvenida a la iglesia para mostrarles cuánto Dios los ama y los espera.

La Hermana Constance Veit es directora de comunicaciones de la Hermanitas de los Pobres.

Mensaje del Papa Francisco: Palabras de desafío y esperanza



[La paz] es una conversión del corazón y del alma, y es fácil reconocer tres dimensiones inseparables de esta paz interior y comunitaria:

- 1) la paz con nosotros mismos, rechazando la intransigencia, la ira, la impaciencia y —como aconsejaba San Francisco de Sales—teniendo “un poco de dulzura consigo mismo”, para ofrecer “un poco de dulzura a los demás”;
- 2) la paz con el otro: el familiar, el amigo, el extranjero, el pobre, el que sufre...; atreviéndonos al encuentro y escuchando el mensaje que lleva consigo;
- 3) la paz con la creación, redescubriendo la grandeza del don de Dios y la parte de responsabilidad que corresponde a cada uno de nosotros, como habitantes del mundo, ciudadanos y artífices del futuro

(Mensaje para el Día Mundial de la Paz, enero de 2019)

Mi oración para ustedes

Como nos dice el Papa Francisco: “La buena política está al servicio de la paz; respeta y promueve los derechos humanos fundamentales, que son igualmente deberes recíprocos, de modo que se cree entre las generaciones presentes y futuras un vínculo de confianza y gratitud”. Señor, te pedimos: Que todos nuestros líderes políticos sean mujeres y hombres de paz. Que respeten los derechos humanos por encima de todas las demás consideraciones y que sean siervos de la justicia y la paz. †



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

